

LUCA RENACIÓ EN HURLINGHAM

El paso de Luca Prodan por Hurlingham dejó una estela definitiva: en una casona de la vieja calle Canning comenzó la historia de Sumo

Oscar Jalil

Oscar Jalil nació en Mendoza en enero de 1962 y vive en La Plata desde hace años. Es periodista y crítico musical, colaboró en los diarios El Día (La Plata), Clarín y Página/12, y en las revistas Los Inrockuptibles, Rolling Stone, La Mano y Zona de Obras.

Musicaliza y conduce programas en FM Universidad de La Plata. En 2015 publicó Luca Prodan: libertad divino tesoro.

Luca George Prodan llegó a Hurlingham en el otoño de 1980, lo que parece un destino exótico para un joven nacido en Roma en 1953 y criado en un colegio escocés y con varios años de residencia londinense durante la década del '70. La presencia de Luca en Argentina, solo reafirmaba un espíritu aventurero de origen ancestral y abonado por una historia familiar digna de un guión imposible: el padre de Luca nació en Estambul y vivió en China en donde conoció a su futura esposa, Cecilia Pollock; allí también nacieron las primeras hijas del matrimonio, Michela y Claudia, en plena Segunda Guerra Mundial, mientras las tropas japonesas ocupaban la región de Manchuria, en donde la familia permaneció durante tres años como prisioneros de un campo de concentración nipón. Innumerables peripecias determinaron los pasaportes de los Prodan, Luca era uno más y no contradujo la esencia itinerante, pero su llegada a Argentina respondía a una lógica de fuga: gracias a la generosidad de un amigo argentino, Timmy Mackern, encontró un refugio para vencer su adicción a la heroína. En la amplia y arbolada casona ubicada en la calle Canning (hoy Crucero General Belgrano), a metros de la estación de Hurlingham, comenzó la historia de Sumo signada por tantos imponderables como pequeñas gestas libertarias.

Tal vez el estilo inglés de la casa de los Mackern volvió menos bruscos esos primeros días de adaptación y abstinencia. Allí empezaron a caer algunos amigos de Timmy, entre ellos su cuñado y hermano de su mujer Inés: Germán Daffunchio que estaba definiendo, a sus 18 años, un porvenir como marino mercante. Se parecía en algo al italiano que no hablaba con nadie: la idea de fugarse de todo lo fascinaba.



Germán llevó a su amigo Alejandro Sokol para que conociera al tano que dormía todo el día en la habitación roja, ubicada en el altillo de la casa de Hurlingham. Lo interesante sucedía cuando se despertaba y solía abrazarse a una acústica para frenar el tiempo propio y de sus observadores.

“La primera vez que supe algo de Luca fue en la casa de Timmy. Yo entraba al servicio militar y nos tomamos una botella y media de anís turco con él y con un amigo mío. Hice el servicio militar en el 79, era el chofer del jefe de una zona que abarcaba de Aluminé hasta Esquel. Esa noche de borrachera, Timmy me dijo: ‘Quiero que escuches algo’, y me puso una grabación de él hablando. En esa época, se mandaban casetes. Me pareció muy loco. Timmy me contó que era su amigo, que no sé qué, que estaba muy mal, porque además Luca le escribía contándole sus cosas. Brindamos por él. Un tiempo después lo conocí cuando vino a Hurlingham. Era un tipo impresentable, mala onda total, pelado, nadie le daba bola. No era que se había rapado, sino que estaba avanzadamente pelado” (Germán Daffunchio).

Un tano en el oeste

One-way ticket con destino a Buenos Aires, una parada previa al fin del mundo y la desesperación en la garganta. El aterrizaje de Luca en suelo argentino es lo más parecido a *The Man Who Fell to Earth*, la película en donde David Bowie interpreta a Thomas Jerome Newton, un extraterrestre del planeta Anthea que llega a la Tierra para buscar un modo de transportar agua a su planeta, devastado por una terrible sequía. No es necesario seguir al pie de la letra la trama del film de ciencia ficción para encontrar semejanzas y descifrar los efectos que provocó la súbita llegada. Nada volvió a ser igual en la vida de todos aquellos que establecieron un mínimo contacto con aquel tipo tan ajeno a la realidad de un país en dictadura, repleto de exiliados internos y con el miedo adherido como un virus incurable. En 1980, la Argentina era un país derrotado. El plan cívico-militar avanzaba sobre las bases de la represión, las desapariciones forzadas y una devastadora política económica de corte liberal. El gobierno del general Videla cumplió cuatro años en el poder casi al mismo tiempo que Luca arribaba al aeropuerto de Ezeiza. Por aquellos días los diarios hablaban de una apertura en el diálogo político, pero no era más que otra farsa para disimular una feroz interna por la sucesión presidencial entre los cuadros superiores del ejército y la marina.

En el llano, la vida continuaba bajo el simple devenir de un tiempo lento: Timmy MacKern cumplió el ritual del reencuentro con el amigo en problemas. El destino final era el valle de Traslasierra, en Córdoba; allí Timmy vivía con su esposa e hijas, y era el lugar elegido por Luca para desarrollar futuros planes agropecuarios que nunca se concretaron. Entre Hurlingham y Traslasierra, Luca empezó a fantasear con la idea de hacer una banda. De la nada misma y aún más abajo, Sumo emergió en los tempranos '80 como un geiser que cambió para siempre los cimientos del rock argentino. La mirada de Luca Prodan que vivió el ascenso y caída del punk rock londinense, puso en tela de juicio desde su llegada al país, las ideas vetustas de una escena que en su mayoría despreciaba las nuevas olas y sólo encontraba la santidad en las estructuras complejas del jazz rock.

“Hay una secuencia en Hurlingham que recuerdo perfectamente: yo estaba en el living hablando con Timmy, con mi hermana y el resto de los chicos, y apareció Luca con una guitarra criolla. No le dio bola a nadie y de golpe se puso a cantar solo. Era su arma de seducción. Creo que lo que más me llamó la atención era que cantaba canciones simples. En ese momento, en la Argentina había un rollo con el jazz-rock interminable, imposible. Y él cantaba canciones simples. Tenía un repertorio de temas: ‘Five Years’, de Bowie, o ‘Redemption Song’, de Bob Marley, había varios temas. Al otro día se volvieron para Córdoba. Así que no me acuerdo haber tenido un diálogo, además él no hablaba castellano. Yo después hice un viaje, vine para acá y me lo encontré. Él había llegado, ponete, hacía un mes o dos. No recuerdo bien el tiempo. Ahí fueron los primeros encuentros: sentarse en su cama, la guitarra, fumar mucho y horas y horas y horas escuchando música y cantando. Muy informal todo” (Germán Daffunchio).

La fundación de Sumo

El periodo Hurlingham en la vida de Luca recorre los tiempos formativos de Sumo con Alejandro Sokol y Germán Daffunchio como nobles escuderos de una armada Brancaloneo. El primer concierto de la banda en los jardines de la casa Mackern, fue destinado a amigos, novias y dos directivos de una discográfica en busca de nuevos talentos. También se produce la llegada de Stephanie Nuttal, la baterista inglesa amiga de Luca, y toda la sicosis que rodeó la guerra de Malvinas, un acontecimiento bisagra para la historia argentina y también para el futuro de la naciente formación

que cantaba rock en el idioma de Shakespeare, con un nombre corto y contundente: “La elección del nombre del grupo fue en mi casa de Hurlingham. Teníamos un diccionario en tres tomos. Los separamos y empezamos a buscar. Estaban Luca, Germán y no sé si Alejandro también. Empezamos a anotar listas de cinco sugerencias en un papel, después leímos todos los nombres y quedó Sumo. Lo elegí yo porque me había tocado el tomo de las ‘s’, no porque fuera una cosa especial” (Timmy MacKern).

“Mirá, Germán, acá falta locura” era la frase favorita de Luca por aquellos días. Pero el cantante no se refería a la agitada vida política del país, que puso a la banda en un lugar de beligerancia manifiesta frente a los acontecimientos de abril. Los padres de Stephanie Nuttall estaban desesperados, llamaban a la casa de Timmy, que en los primeros días del conflicto estaba custodiada por la policía al igual que todo el barrio en Hurlingham. El barrio estaba ocupado en su mayoría por tradicionales familias británicas y la protección se había activado ante el temor de algún ataque de corte ultramontano. El panorama se tornaba cada vez más confuso y, luego de algunas cavilaciones, la baterista decidió volver a Inglaterra. Antes, Sumo tocó en “Mastropiero”, un boliche de Olivos, integrado, por única vez, por dos bajistas. El nuevo integrante era una cara conocida en la zona, y un músico de probada destreza: Diego Arnedo era parte de la tercera formación de la banda MAM de los hermanos Ricardo y Omar Mollo, un grupo reconocido en la Zona Oeste. El nuevo integrante ocuparía el lugar de Sokol, quien a su vez reemplazaría a Steph en la batería.

“Es muy posible que el hecho de haberlos visto tocar en vivo me haya llevado a ir a ver el ensayo y acercarme a ellos. Cuando los veías en vivo te arrancaban la cabeza. Vi a Sumo en “Caroline’s”, un bar que estaba al lado de la estación de El Palomar. Me acuerdo de ver a un grupo rarísimo, que para ese momento era muy extraño: Luca cantaba con una voz infernal, bebiendo latas de cerveza y después tirándolas vacías por atrás de la batería. Germán tocaba de espalda, una mujer baterista tocaba de costado pero le pegaba con todo. Alejandro, que tocaba el bajo, también era raro. La banda tenía un sonido chico pero dinámico” (Diego Arnedo).

La guerra y después

En plena dictadura militar y con la guerra de Malvinas en ciernes, Sumo cantaba en inglés y empezó un largo peregrinaje como evangelistas del *under*

porteño, inventando escenarios y tocando en cuanto lugar habilitara un enchufe para exponer su maridaje de funk blanco, after-punk y reggae. La chica inglesa de la batería, Stephanie Nuttal, regresó a Manchester cuando empezó la guerra y determinó la primera transformación de una banda sujeta al destino incierto que siempre acosó a Sumo. Luca nunca tuvo una casa propia, vivió siempre de prestado: Abasto, El Palomar o una casona desvencijada de San Telmo, en donde murió el 22 de diciembre de 1987, fueron residencias provisionarias de un eterno peregrinar. De todos esos lugares, Hurlingham funcionó como una guarida familiar. Luca siempre volvió a los bares de la estación, a la casa de los Mackern y a las charlas interminables con mozos, linyeras o cualquiera que se cruzara en su camino. Dueño de una sensibilidad extrema, el cantante de Sumo admiraba de los argentinos esa pasión por el abrazo, algo que solía retribuir cada vez que se adueñaba de una canción. ■

En plena dictadura militar y con la guerra de Malvinas en ciernes, Sumo cantaba en inglés y empezó un largo peregrinaje como evangelistas del *under* porteño.

Agradecimientos:

Enimporumquia ea culluptat vero berciae rupturion nihilicte prorempos maionse ctamet laccab illa eum ipidem am fuga. Taerspe llorum ratem rehent reptatem qui voluptatus ipicimo lorerferatum volum consequenonse pror rero beaque modici opta dolupienit eos rae veritae nit offic tem im quis quia pedigniendae cum nobit inus.maximet escimporunt eos quiam quam rent ipidus, idundunt ut experum inctate pliqui sa nulpa nobis